





o rípios que, como se verá, el poeta retira cuando tiene oportunidad.

No es éste un poeta dado a las metáforas, al tropo, o en general al uso permanente de los recursos propios y abundantes de la poesía. Y ello también se ve desde el principio. Su decir es simple, de sensaciones inmediatas, casi sin imágenes más allá de las que las palabras reflejan al ser nombradas.

nas de altos pastos rojos / un río de brillantes peñascos / [...] / El temblor de los platanales en la carretera / [...] / Y la última luz viva de la tarde”.

La última luz viva de la tarde se emparenta aquí con el último viaje, el de la muerte. *La poesía es un viaje* comienza justo con ese poema, que estaba ya en el primer libro. “Ante mí veo lo que un día se borrará para siempre” es su primera línea



En *De viaje* ya ese tono se vislumbra. Allí nos habla de *Tren, Patios, Perro, Oración, Ríos, Mesa puesta, Canción*, en fin, cosas que tenemos a la vista. Los ojos del poeta van de viaje por los objetos y los asuntos que le rodean, acompañados de la memoria, de los recuerdos casi siempre de un niño que va descubriendo la vida: “Vengan / los invito a ver los canteros de mi madre / las plantas que adornan su balcón...” (pág. 38).

O como el chofer que en el parabrasis nos dice lo que ve y que un día se borrará para siempre: “Coli-

y será también la última. A pesar de las vivas descripciones, esta canción es casi un treno: “Todo en viaje hacia la noche”.

La manera de nombrar las cosas para proporcionarles un ámbito, una atmósfera, tiene que ver, es evidente, con su huida de lenguajes retóricos o de excesos literarios. El poeta quiere dejar constancia de que esa manera de nombrar, desnuda, es legítima porque es la única que tiene. Es decir, también la desnudez se puede impostar, también ella puede llegar a ser una máscara. Pero no

aquí. En *Mis poemas*, el último texto (¿inventario?, ¿declaración?) de *De viaje*, muestra las cartas: “En lo incierto del tiempo / sin amigos / ¿basta este botín Señor? / No lo he robado / no lo he ganado por azar / En mitad de la vida me quedé sin nada / ¿Basta este botín Señor?” (pág. 76).

*La poesía es un viaje* vio la luz, primero, en el número CLXXXII de la revista Golpe de Dados, de Mario Rivero, en 2003. Allí el poeta de Envigado escribió, respecto al libro de Quintero: “Deliberado pasajero en tierra es, pues, Robinson Quintero, quien en sus tránsitos, sus transcurso, es decir, ‘sus trabajos y sus días’, le tuerce el cuello a la elocuencia, a la retórica, para colocarse del lado cotidiano y sencillo de la vida, con lo que se vincula ya su poesía como conducta. La necesidad del poeta de asumir una postura estético-moral contemporánea; es decir, solidaria con el hombre de carne y hueso; o el mundo percibido como la respiración de los hombres vivos, y la viva tierra, animada por el asombro inaugural de la mirada; la plenitud del ojo que aprende a ver en el ‘doble’; a oír por la oreja del clima, en las vibraciones crudas del viento o en el simple silencio [...] Los textos siguientes confirman [...], fundamentalmente, un lenguaje sobrio, sin ningún decorativismo, sin potencia verbal; una poesía que yo llamaría ‘a palo seco’, esto es, con presencia eficaz de la palabra justa”.

Un año más tarde, con nueve poemas nuevos, lo vemos aquí, en esta edición de la Universidad Nacional, en general decente, descontándole cierto airecillo de planchas electrostáticas en sus páginas interiores, que dan esa odiosa impresión de fotocopias.

Incluye también el autor, en esta nueva edición, los nueve poemas correspondientes a “El viaje”, uno de los capítulos del libro *De viaje* de 1994. Estos poemas retomados pertenecen, sin duda, al clima del nuevo libro. En el primero, en ese capítulo de textos sobre el viaje, había dejado una deuda pendiente. Uno de los temas que sin duda lo apasionan.



No es relleno, pues, ni bulto, sino lealtad consigo mismo.

A varios de estos poemas vueltos a publicar el poeta les quitó algo, algún tono excesivo o algunos versos innecesarios. Elisiones que buscan una mayor contundencia, un golpe más seco y, en contraposición, un poco menos de lirismo y de retórica. Como al dictado de un poema de Rafael Cadenas, de Venezuela: "Pocas palabras, / descarnadas frases, / pura necesidad. / La dama de los adornos / dejó la escena. / Cancelada. / La exhibición había durado mucho" (*Final*, en *Obra entera. Poesía y prosa (1958-1995)*, Fondo de Cultura Económica, 2000, pág. 419).

Porque en estos poemas no hay una pretensión distinta de la de dejar en la página lo que los sentidos van avizorando en el trayecto de la carretera. No sólo lo que van viendo los ojos, sino lo que va sintiendo todo el cuerpo, lo que va poniendo en juego la sensibilidad de todo el ser. Es ésta la muestra fehaciente de que éste es el libro de un poeta y no sólo de un paseante o de quien, tras uno o dos viajes, nos deja unas estampas de lo que vio. En el título *La poesía es un viaje* está dicho lo anterior. Porque la poesía, cuando hablamos de buena poesía, lo involucra todo. Nada le es ajeno. Y es aquí donde empieza a adquirir sentido el título, un sentido no cacofónico, no tautológico.

El viaje que emprende el poeta es físico, implica desplazamientos del cuerpo y con él va por la carretera, en el bus, con él se mueve por entre el paisaje; con él se asoma a los abismos, a los ríos, a los cuerpos de los otros, a los ojos de los otros, a los sentidos de los otros. Es tan físico que hasta el viaje de los árboles viene al poema, y no los árboles sino sus hojas, y no las hojas, sino su sonido en la noche. Y en otra parte, en un *Cementerio de carros* (pág. 80), símbolo del viaje detenido, estropeado ("los vestigios de la larga / travesía"), "los niños juegan a veces / entre los escombros / planean rutas / sueñan / viajan...". En *Los pastizales* (pág. 27), el poema (ahora una prosa) nos trae los camiones llenos de

novillos hacia las autopistas, y en una bella imagen describe a los animales que, desde su encierro y hacinamiento, "se atropellan contra los barrotes de las jaulas, escarban el cisco maloliente y, tal vez excitados por las fragancias que llegan del campo, embisten con sus astas las compuertas". (Con razón Mario Rivero dijo que el poeta es un husmeacosas. Mete su nariz y su entendimiento en todas las situaciones).

Las palabras del poeta son dulces. No se aviene con demasiadas ironías ni con hondos pensamientos que hurguen en la herida. Sólo un poco triste a veces. En *Hay que cantar* (ese título es ya una dulce obligación) había dado un libro donde hasta los *Postes* y *El poema malo* tienen cabida. Y de la poesía dice que "sin embargo escribir para espantar en los otros / el mal / el dolor / te hace entre las disciplinas la más hermosa...".



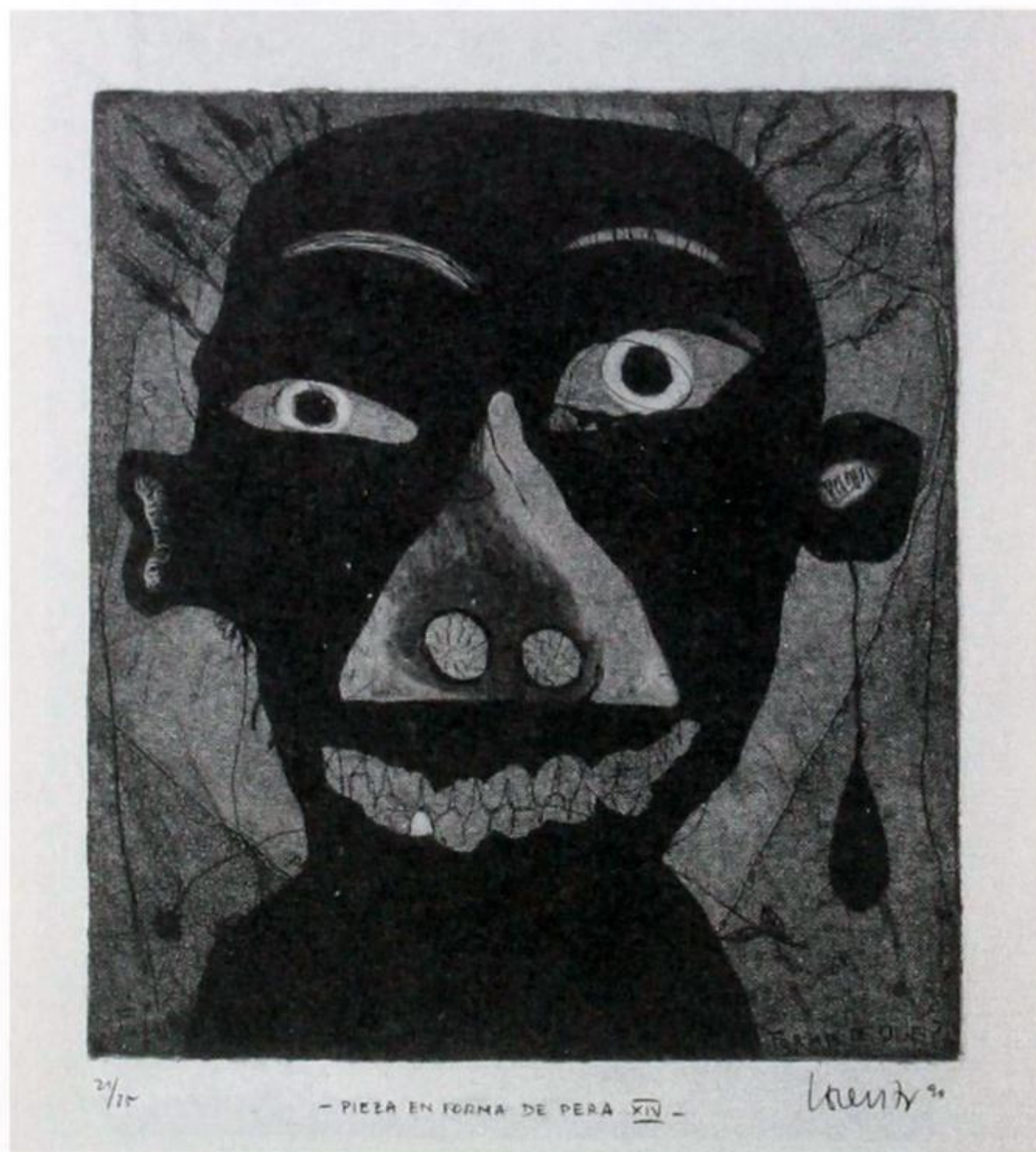
En algunas ocasiones, pocas, el poema se aparta de la carretera, levanta los ojos del parabrisas y nos dice algo como al oído, una intimidad: "El que es pasajero y nunca emprendió viajes / a esos lugares de donde llama / su alma / viaja ahora en este poema" (*Pasajero*, pág. 65). El husmeacosas es también solidario con el mundo. Aunque en su andar le descubra, como nadie, su lado inhóspito y herrumbroso. El mundo al poeta lo subyuga.

Robinson Quintero acoge el poema en el disfrute mismo de nombrar. El poema es el objeto de arte por definición. Material, moldeable, oloroso, visual. Su ética corresponde a la palabra en el poema, no afuera. El poema conforma su solo y único mundo mensurable. Por ello el poema, cada poema, es una forma moldeada y corpórea, un pequeño universo respirable. En *Parada* (pág. 45) nos habla de los choferes de buses y camiones que prefieren orinar en la



parte trasera de sus carros, contra las llantas, en vez de hacerlo contra un árbol, en un orinal, en fin, donde mande la discreción: “[...] de espaldas / las piernas abiertas / y mirando de reojo / sueltan el chorro / [...] / Un vapor sube de las gomas calientes / y se quedan mirándolo como niños hechizados”. Uno piensa: sí, todo puede decirse. Al poema no pueden cohibirlo la compostura y los temas limpios. Desde comienzos del siglo XX Joyce demostró, para siempre, que hasta una defecada es literaria, si viene narrada de manos maestras.

muerte, describía la violencia hablándonos de los cuerpos entrelazados de dos amantes, asesinados, entrevistados al paso: “Al borde del camino, los dos cuerpos / Uno junto al otro, / Desde lejos parecen amarse. / [...] / Estrechamente entrelazando sus cinturas / Aquellos brazos jóvenes, / [...] / Mas no hay beso, sino el viento, / Sino el aire / Seco del verano sin movimiento. / [...] / Son cuerpos que son piedra, que son nada, / Son cuerpos de mentira, mutilados, / De su muerte ignorantes, de su suerte [...]”.



En *Paraje* (pág. 55) la crudeza de la descripción y la violencia implícita en el cuadro nos aboca a la violencia del país y a las imágenes recurrentes tanto en quien permanece en su casa (gracias a los medios de comunicación) como en quien viaja por autopistas y carreteras: “[...] Son tres hombres Sus cuerpos / esparcidos sobre el pavimento / de la carretera / los sesos hirvientes al sol”. En *Llanura de Tulúa*, hace más de cuarenta años, Fernando Charry Lara nos había dado un poema que, en su doble condición de amor y de

La poesía es un viaje inesperado. Como todo viaje que se emprende con los sentidos abiertos al albur, a la sorpresa, al asombro del camino. Y el poeta es el viajero que no se atiene al sumiso asiento estático en que ve pasar el mundo tal y como otros lo han previsto. El poeta es un viajero incómodo, insumiso. Por eso Robinson Quintero escribe un libro singular, atípico, irregular como los accidentes de las rutas que atraviesa. Pero no se propone un libro de grandes acciones, ni de aventuras inusuales, ni de hondas reflexiones.

Aquí no hay analogías ni enseñanzas. Hay el discurrir en una observación, a veces fugaz, donde aparece la poesía de lo nimio, pero también de lo trágico. No abandona, nunca, el material precioso que le permite, sí, hacernos ver con claridad los mil rostros del país, las innumerables luces del paisaje: el lenguaje. “Engrandecer las cosas menores a través del lenguaje —dice Manoel de Barros— es una de las funciones de la poesía”. Y uno se ve precisado a aclarar que de “funciones” habla, si quiere, el de afuera, el que estudia los fenómenos sociales del arte. No el poeta que, como aquí, nos enseña que en una palabra desnuda de artificios y de poses para la inmortalidad cifra su verdadera sensibilidad. Tal vez inútil para tiempos difíciles (¿quién nos puede mostrar tiempos fáciles?), pero eficaz para el placer sin fin de una obra dueña de mundos propios. Ave rara en los tiempos que corren. Qué digo: en todos los tiempos.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

## Un escritor que lucha por no casarse con una fórmula

**El jardín del unicornio y otros lugares para hombres solos**

Triunfo Arciniegas

(ilustrador: Julio César Gómez)

Editorial Panamericana, Bogotá, 2002, 143 págs.

A Triunfo Arciniegas se le reconoce como uno de los escritores colombianos de literatura para niños que más oficio tiene y que se ha dedicado con profesionalismo y acierto a escribir para los jóvenes lectores. Quizá por esta condición me acerco al *Jardín del unicornio* con una expectativa que resulta de inmediato equivocada. Ya el subtítulo: *y otros lugares para hombres solos*, debería alertar a un lector atento y permitir-